

Medio ambiente y cultura

*Eric Mercado Arias**

Al iniciar una conversación acerca de la problemática en torno a los recursos naturales y cuidado ambiental con personas de las comunidades indígenas de Michoacán, en general, y profundizar a través de cuestionamientos y búsqueda de relaciones, uno termina escuchando respuestas y argumentos que parecieran, sin ese contexto preciso, ajenos al tema focal. Es cuando la conciencia nos avisa que el tema es complejo y se encuentra imbricado con prácticamente todo lo que la cotidianidad nos presenta y con actores extralocales. En otras palabras, la relación del humano con el medio ambiente es una cuestión cultural que pasa por lo social, lo económico y lo político de manera integral. Esa reflexión se propone en este espacio.

Al preguntar, en una serie de entrevistas informales a personas de varias comunidades de la zona purépecha sobre la problemática de los recursos naturales locales en las últimas décadas, las respuestas consistieron en una serie más o menos común de causas y circunstancias, que pueden ser clasificadas en: a) se agotan los recursos porque los usamos para satisfacer las necesidades directas o indirectas de las familias; y b) señalar culpables: personas que explotan los recursos para beneficio personal (ocupación única o enriquecimiento). La primera respuesta deja una dosis de satisfacción. Sin embargo, si se relaciona la disminución de recursos con el tamaño de la población de que se trate, se percibe una desproporción: la mayor parte de recursos no se emplearon en la localidad. Así, el uso de recursos naturales para satisfacer necesidades de la población local queda justificada como “explotación moderada”: por todas las personas, con principio de equidad, para complementar ingresos, ocasionales o frecuentes, como un modo de vida.

Lo que sigue es, de parte de las personas entrevistadas, la aceptación de que han contribuido o permitido el agotamiento o contaminación de los recursos locales, situación de la que no parecían conscientes al principio. Inquiridos sobre por qué lo han hecho, una vez que aceptan que es un mal para todos el propiciar cambios drásticos a la naturaleza, las respuestas mayoritarias son que “todos lo hacemos así porque no nos ponemos de acuerdo para cuidarlos”. Entonces surge la idea

* Doctor en Antropología Social por el Colmich.



de que una comunidad indígena debería estar organizada para todo, puesto que así lo vemos en la celebración de las fiestas patronales y familiares, por ejemplo.

Revisemos la parte organizativa. Las fiestas patronales han ido cambiando debido a la preeminencia por la diversión en disfavor de la fe religiosa, por un lado. Por otra parte, la conversión religiosa de cada vez más personas que, con la migración como principal motor, propicia un cambio de identidad cultural y “fractura” la unidad local (Hernández, 1999). Y la situación de migrantes y de conversos se conjunta e incide en una visión de economía bajo el principio de racionalidad instrumental (Scott, 1999). Asimismo, cuando dentro de los mismos católicos la religiosidad es discutida, confrontadas las formas de comportamiento por el consumo de alcohol y otras diferencias, los lugares y horarios para el trabajo varían, la economía familiar puede empezar a marcar diferencias y la disposición para las cooperaciones comunitarias se modifica de modo trascendental.

Otro aspecto que converge en la organización social comunitaria es la práctica de la política en México. Ésta, a través principalmente de los partidos políticos, ha contribuido a la desintegración de comunidades y familias, incidiendo en las diversas esferas y campos de la cotidianidad, pues se han instaurado leyes y normas que gradualmente han sustituido o cambiado las formas tradicionales de concebir, elegir y de la misma práctica de la autoridad en sus diferentes niveles.

Varios aspectos de la política han afectado la convivencia comunitaria entre la población indígena. La democracia como forma de gobierno, en su aspecto teórico-filosófico y, sobre todo, en la práctica, ha resultado una desilusión para las mayorías al negar no sólo oportunidades para todos de ser elegidos, sino porque ha incentivado cambios profundos en la organización social de las comunidades, en sus formas de relacionarse entre sí y con otras comunidades. Por otra parte, las autoridades federales, estatales y municipales a lo largo de la historia no han respondido, ni en calidad ni en cantidad, a las demandas planteadas y oportunidades para mejorar las condiciones de vida de las personas, sea infraestructura física y social.

La representatividad que la democracia supone no se hace patente en las instancias correspondientes: los congresos federal y locales no contienen la representatividad de las distintas etnias del país; y como funcionarios públicos de todos los niveles, los indígenas son una excepción. Las causas son variadas, entre otras: a) la división de la población indígena producto del federalismo, (distritos electorales o municipios conformados con una mezcla de población indígena y mestiza que en la mayoría de los casos la primera resulta minoritaria frente a la segunda); b) las históricas diferencias socioculturales que, en lugar de menguar, se acrecientan cada vez más; c) las



profundas desigualdades cualitativas y cuantitativas en educación y falta de oportunidades para acceder a ésta; y d) la desigual distribución de fuentes de empleo. Todos los puntos citados están interrelacionados y de distinta manera en cada persona, familia, comunidad o región.

En cuanto a los partidos políticos, antes de que la izquierda tuviera importancia como para pretender el poder en todos los niveles de gobierno, el partido hegemónico acaparaba la mayoría de votos o de abstencionismo en las zonas indígenas, salvo excepciones temporales o espaciales. Pero desde 1988 la izquierda significó una esperanza cercana para una considerable porción de población indígena en Michoacán. Desde entonces se ha dividido el voto y simpatías principalmente en dos facciones: el anterior partido hegemónico (PRI) y lo que fue una “nueva ilusión” (PRD). Tal división se explica por la existencia de intereses personales o familiares, manipulación de la política, ignorancia de los proyectos políticos de cada partido y de los políticos, entre otros (Mercado, 2004). Y esa división es llevada a las comunidades y a los grupos parentales, como lo afirmara una persona de la comunidad indígena de Comachuén: “con mis primos no nos hablamos bien desde que ellos le van a un partido y nosotros, mi papá y todos mis hermanos, estamos con el otro partido”.

En algunas comunidades indígenas como en Zopoco, municipio de Chilchota, actualmente las divisiones son menos conflictivas debido a que han hecho esfuerzos por conciliar diferencias. En las elecciones anuales para representante de la comunidad, el candidato que obtenga menos votos de los dos partidos en cuestión es quien funge como suplente en el cargo y no es visto como el que lo pierde todo. En otras comunidades esas diferencias no se han disipado y se reflejan en conflictos por recursos madereros, agua, tierras u otros por los que se compite abiertamente, en desfavor del medio ambiente.

Desde el punto de vista económico, las comunidades indígenas disponen de recursos naturales para el autoconsumo, intercambio, regalo u ofrendas, sin involucrar el dinero. Es una pequeña porción de estas economías que se satisface de esta manera. La mayor parte de la economía se basa en el manejo de dinero y para obtenerlo requiere ocuparse como trabajador, lo cual se complica por la falta de fuentes de empleo, o se apela a la migración, con el riesgo de desintegración comunitaria y debilitamiento de la organización social local. Pero una salida primaria y frecuente es recurrir a la explotación de los recursos naturales, menguándolos y orillando algunas especies a la extinción.

Otro factor que sobresale es el deseo de acumular bienes, dinero o recursos materiales de manera ilimitada y desproporcionada por las mayorías; lo cual encuentra sus principios en el



individualismo, y en la concepción actual de economía, remarcada por el consumismo y la globalización. Eso propicia que algunos se queden sin medios para producir y los convierte en dependientes de las fuentes de empleo y, al carecer de ellas, se tornan vulnerables y buscan tener acceso a recursos naturales para su sustento; problema agravado con las recurrentes crisis en México y el mundo como la que inició en 2008, cuyos estragos han durado ya cinco años.

Entonces, con una notable cantidad de población sin medios de producción y sin un empleo seguro o remunerador en suficiencia, ante una autoridad corrupta, impune e ineficiente, los recursos naturales terminan notoriamente menguados. Muchos talamontes se han inmiscuido en esa actividad empezando por cortar pocos árboles para comercializar y cubrir sus necesidades familiares. Pero al ver que no hay mayor problema ni vigilancia, intensifican la actividad para enriquecerse. Otros cuentan con el apoyo de autoridades locales o de otros niveles. Si a ello le agregamos que las comunidades indígenas poseen la mayor parte de superficies bajo el régimen de propiedad comunal, se les dificulta la vigilancia porque nadie se presenta como propietario (Ostrom, 2000), además de que las actividades laborales y otros factores dificultan la organización para ello. El panorama es, entonces, como la realidad lo indica, sumamente complejo y difícil de resolver.

Otra mirada a los recursos naturales y su problemática la podemos dirigir desde la educación. Para ilustrarlo citaré dos momentos en una comunidad. Al inquirir a un niño ¿Por qué tiras basura en la calle?, ¿qué no te han dicho en la escuela que debes depositarla en un lugar adecuado? Su respuesta fue: “Sí. La maestra nos dice que no tiremos basura en la escuela, pero no dice que no la tiremos en la calle”. Casualmente pude ver a la profesora otro día cuando al salir de impartir sus clases, arrojaba basura a su paso por la calle. Eso nos previene que el problema educativo en torno al cuidado del medio ambiente no es de una sola persona, sino que se convierte en un asunto social que necesariamente debe integrar a estudiantes, profesores, padres de familia y autoridades a la par, con conocimientos y conciencia del asunto. Los niños, en su proceso de aprendizaje, requieren reforzar sus conocimientos y relacionarlos de manera coherente en el tiempo y espacio, lo cual no ocurre si el ambiente familiar y social no es análogo al escolar.

Tener conocimientos aprendidos en la escuela, en familia y, en general, en el medio social no es suficiente mientras que no sean relacionados de manera consciente con el medio ambiente, con el medio social y garantizando su permanencia en el tiempo y el espacio. Requiere de una visión integral que comprenda la organización social o la participación mayoritaria de la sociedad.



Desde otra perspectiva, las relaciones sociales se han vuelto más complejas producto del individualismo y, principalmente, de los medios de comunicación y lo que desde ahí se fomenta mayoritariamente. Por ejemplo, el acceso a la “tecnología de última generación” para uso personal es un apremiante principalmente entre la juventud; como la idea de que desarrollo se refiere a no esforzarse en el trabajo, o que el bienestar es sinónimo de consumismo, etcétera. Producto de lo anterior, los desechos son arrojados al ambiente sin conciencia del daño que causan. En Pichátaro, como en varias comunidades purépechas, la basura es tirada en las cercanías sin importar si son plásticos, pilas, líquidos u otros materiales altamente contaminantes. El viento dispersa la basura, el ganado la consume, algunos mueren y no hay control sobre ello, como tampoco estudios integrales sobre los daños en el agua, el aire, la tierra y los alimentos.

El análisis del estado de los recursos naturales nos obliga a revisar la historia. Desde la conquista, los primeros encomenderos, siendo apenas cerca de quinientos, para mantener el control entre los conquistados, fomentaron la corrupción entre los caciques indígenas para que éstos se vieran con privilegios y, al tiempo que cobraban impuestos, denotaran poder y ayudaran al dominio de su propio grupo (García, 2000). De modo que las prácticas de corrupción nos fueron heredadas y hasta la actualidad permean esas relaciones sociales, en detrimento del medio ambiente en este caso.

En 1875, en la costa michoacana se abrió el puerto de Maruata, que permitió que barcos procedentes de Estados Unidos y Europa cargaran grandes cantidades de maderas preciosas. En la misma entidad, la primera zona forestal explotada por empresarios extranjeros fue la que comprendía la Meseta Purépecha; por sus condiciones de abundancia de árboles y mano de obra barata y fácil de conseguir. En cuanto a los permisos de los comuneros indígenas, se consiguieron con poco dinero, mentiras, amenazas, cárcel y muertes en Erongarícuaro, Cherán, Arantepacua, Pichátaro, Zirosto, Capacuaro, Urapicho, Pamatácuaro, San Lorenzo, Cocucho y otros; en complicidad entre empresarios extranjeros y la autoridad estatal en turno (Guzmán, 1989). Esta práctica es vista en la actualidad en varios municipios como Cherán y otros del oriente del estado. Todavía a finales del año 2013 se presentaron talamontes desconocidos en varios bosques para llevarse toda la madera sin permiso ni pago, resguardados por grupos armados, ante la pasividad de la autoridad en sus distintos tipos y niveles.

Como conclusión, resulta equívoco hablar de democracia si los conocimientos no son distribuidos, si la información es privilegiada y las mayorías ignoran asuntos medulares, si las diferencias educativas son tan profundas y abismales las desigualdades socioeconómicas, si en



elecciones tenemos que votar por cualquiera de tres desconocidos, etcétera. Ocurre porque en México hemos adoptado sin adaptar, imitado, importado costosamente modelos de política, de economía, de educación y otros. Lo anterior nos ha llevado a un sistema político demasiado oneroso, recurrentes crisis económicas, una educación de mala calidad, una industria altamente importadora de tecnología, un medio ambiente gravemente degradado, y más.

Las nociones de economía que en general se tienen, nos limitan a pensar en una actividad económica o en dinero. Pero la economía abarca aspectos de conservación, entendida como ahorro de recursos monetarios, de recursos naturales, de nutrientes de la tierra, de operación de los mismos, y de prospectiva –como la comprensión de los ciclos del carbono, del cuidado de los recursos naturales, del perjuicio social de acaparar y concentrar riqueza excesiva, entre otros. Se conjunta con la carencia de una educación integral, funcional y con sentido de lo local, que abarque, entre otros, la comprensión de la tecnología; con una política que incluya principios éticos, participación de las mayorías, reflexión, crítica y una legislación que permita la equidad, que sea punible, mejoramiento de las condiciones de vida, competitividad abierta pero con sentido de equidad; con una cultura en la que cada aspecto de la cotidianidad corresponda con la cosmovisión, entendida como la concepción que un grupo ancestral de personas tiene de cada elemento del entorno en sí mismo y su relación con el todo que es el universo.

Los grupos indígenas en general han sido discriminados, orillados a adoptar nuevas concepciones o prácticas en religión, lengua, economía, costumbres, política y todas las diversas formas de relacionarse. En algunas comunidades los mayores cambios fueron tempranos. Otras aún mantienen rasgos importantes de su cultura originaria y son capaces de organizarse, incluso desde el extranjero a donde migran a laborar (Mercado, 2007); o para el establecimiento de exitosas empresas comunales como la de Nuevo San Juan Parangaricutiro, que es un modelo internacional de explotación forestal por aprovechar de manera sostenible sus recursos con sinergias acordes a las exigencias actuales de productividad (Topete, 1996).

Al cambiar algún elemento de la cultura se desorganiza el todo, ya de manera gradual o aceleradamente, porque “una parte está estrechamente relacionada con las demás partes” (Bohannon, 1996). Con una mezcla amorfa de prácticas y concepciones, se dificulta pensar en que los grupos indígenas posean una cosmovisión: sus prácticas y concepciones no son coherentes, sino más bien contradictorias en la mayoría de aspectos de la cotidianidad. Y la economía, la política, las relaciones sociales, las tradiciones y las relaciones con el medio ambiente tampoco mantienen un



orden lógico entre sí. Seguimos sin entender y practicar los principios de la multiculturalidad, de la potencial riqueza que representan múltiples formas de ver el universo, de opiniones distintas.

Hay que entender la cultura como un todo cultivado a lo largo de siglos o milenios por un grupo, y no sólo como un simple conjunto de tradiciones que engloban la vestimenta, la lengua, las fiestas y algunas otras prácticas; no es una mezcla de variados elementos aislados o sobrepuestos. No debemos dejar fuera las relaciones sociales, la política, la economía, las relaciones con el medio ambiente. Cuando hablamos de la cultura adjetivada –cultura del medio ambiente, cultura del agua– corremos el riesgo de hablar de cosas separadas, cuando en la realidad son parte integral de la vida en su totalidad.

Las comunidades indígenas cuidarán de sus recursos de manera sostenible si se les permite una legislación propia al respecto, si no son forzados, a través de la política, partidos políticos, programas de gobierno, presiones económicas, educación importada y otros, a seguir destruyendo su cultura y su medio ambiente. Precisa dejar de discriminarlos pretendiendo que otros decidirán por ellos. Asimismo, la autonomía de los pueblos indígenas para decidir sobre sus recursos naturales no será posible con una injerencia directa y obstinada del Estado, e incierta de cada gobierno en turno, como hasta ahora la hemos vivenciado, pues el poder de una comunidad no es de modo alguno comprable al del aparato del Estado. No se trata, tampoco, de dejarlos a su suerte hoy en día después de haberlos intervenido con resultados contrarios. Urge una planeación estudiada, seria y con participación de los grupos involucrados.

Los distintos aspectos de la vida cotidiana se imbrican de manera compleja. De modo que, para analizar la temática ambiental, precisa considerar todos y cada uno de los elementos de la cultura, las relaciones directas e indirectas, el pasado y la proyección de los recursos, si se desea seriedad en el tópico, carencia notoria en los programas gubernamentales, en contraste con los vicios que han dejado ver a lo largo de la historia.

